

Salt II

EL "QUIEN ES QUIEN" DE LOS HALCONES

JOAQUIN RABAGO

Parecía que nunca iba a llegar, y, sin embargo, ya quedó atrás la firma por Brejnev y Carter del segundo acuerdo sobre limitación de armas estratégicas. Ahora falta lo más importante: su ratificación por los dos tercios como mínimo del Senado norteamericano. Mientras en Washington los diversos "lobbies" hacen horas extraordinarias tratando de convencer a los senadores aún vacilantes sobre las ventajas o inconvenientes del Salt II, a lo largo y ancho del país se desarrolla una costosísima campaña de denuncia de dichos acuerdos.

ALGUNOS senadores —Jackson, Goldwater, Hayakawa— no se andan con ambages. El tratado es una nueva prueba de debilidad norteamericana frente a los soviéticos. Con éstos —afirman— sólo se puede negociar como se hacía antes de Vietnam: desde una posición de fuerza. Otros son más sutiles. Hablan, sobre todo, de dificultades para verificar el cumplimiento de lo pactado. Se perdieron las bases del Irán, y la Unión Soviética se niega ahora a que los aviones espías U-2 norteamericanos sobrevuelen territorio turco. Ninguna garantía, en estas condiciones.

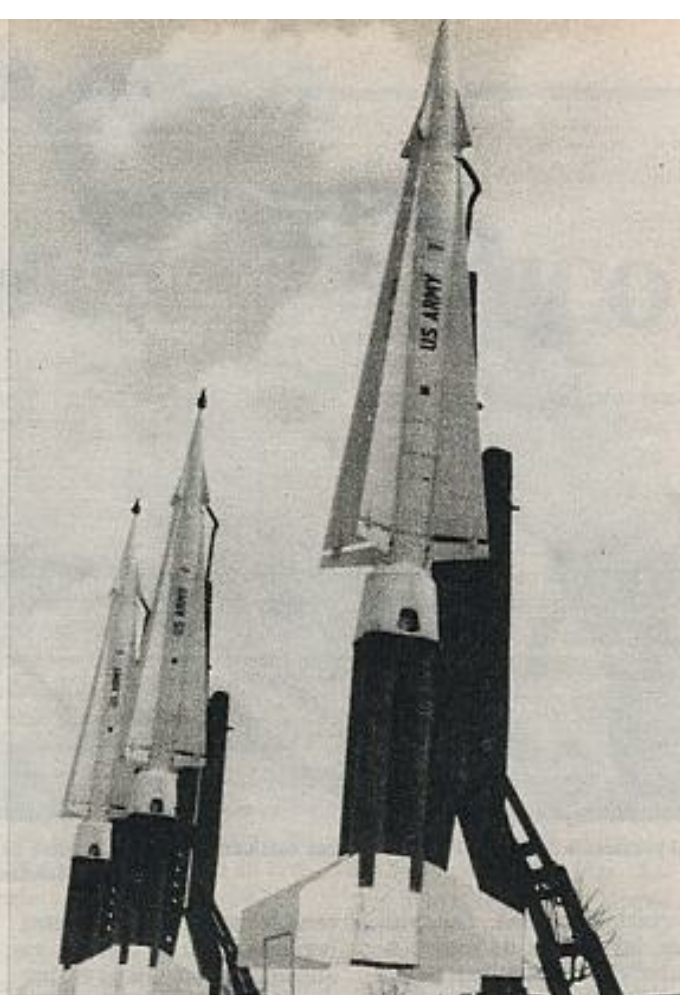
Hay también quien encuentra en la futura defensa de Europa un buen pretexto. Esta exigiría, según ellos, la instalación, en Centroeuropa, de misiles con motor de crucero a partir de 1982, fecha en la que expira el protocolo adicional del Salt II, ya que los Pershing-2 (alcance: 1.800 kilómetros) no estarán disponibles hasta 1984, como mínimo. Sin embargo, en su redacción actual, el tratado parece prohibir la instalación, en esa zona, de unos y otros. ¿Cómo hacer, pues, frente —se preguntan esos senadores— a los SS-20 soviéticos o al bombardero "Backfire", que, pese a lo que diga Moscú, es, según ellos, un vehículo estratégico en toda regla? Para 1982, advierten, los soviéticos pueden amenazar a

Europa con 170 rampas de lanzamiento de SS-20, lo que, a razón de tres misiles por rampa y de tres cabezas por misil, nos da la cifra de 1.530 cabezas atómicas.

Los aliados europeos, protestan esos sutiles críticos del Salt II, no disponen actualmente de ningún arma equiparable a las soviéticas de la "zona gris" (1) en radio de acción o en capacidad destructora. Las bases de la Europa Occidental, todas ellas fijas, son blancos fáciles para los soviéticos, cuya superioridad en aviones de combate, misiles y cabezas atómicas es manifiesta. Bien es verdad que, por parte de la OTAN, hay que incluir también 40 misiles Poseidón, dispuestos para ser lanzados desde submarinos, y dotados de un total de 400 cabezas atómicas, pero esas armas integran al mismo tiempo el arsenal estratégico central norteamericano y están, por lo tanto, sujetas a las limitaciones del Salt II. Aunque también puede argüirse, en sentido contrario, que precisamente ese arsenal central de Washington dobla en número de ojivas atómicas al soviético, hecho éste que los críticos de lo firmado en Viena fingen muchas veces olvidar.

Se trata, en cualquier caso, de una auténtica maraña de

(1) Las no incluidas en las Salt II ni en las conversaciones de Viena sobre reducción de tropas en Centroeuropa.



cifras en las que resulta difícil ver claro, y que se pueden manipular en uno y otro sentido, según interese. Y lo que parece interesarles ahora a ese grupo de senadores reacios a la ratificación del Salt II es forzar ciertas modificaciones en los acuerdos tan trabajosamente logrados por ambas partes. O, lo que es lo mismo, conseguir indirectamente su anulación. Porque demasiado bien saben esos senadores —el soviético Gromiko lo ha explicado hasta la saciedad— que la URSS no admite enmiendas y que, en el mejor de los casos, habrá que renegociar todo el tratado. Seguramente lo que aquéllos buscan. Mientras se vuelven a discutir, una por una, todas las cláusulas del acuerdo, los Estados Unidos podrán seguir probando nuevas armas. Y lo mismo hará la URSS.

Semejante perspectiva no parece asustar, sino todo lo contrario, al general Alexander Haig. En recientes declaraciones a "Newsweek" (16 de julio), en las que, por cierto, abogaba como de paso por el restablecimiento del servicio militar obligatorio en

los Estados Unidos —una vieja idea suya que no logró imponer bajo la Administración Nixon—, el ex comandante en jefe de la OTAN proponía aumentar del 5 al 6 por 100 la parte del PNB norteamericano dedicado a armamento, en la seguridad, afirmaba, de que la URSS no podría incrementar su presupuesto militar (de un 13 o un 14 por ciento actualmente, según Haig), so pena de arruinar su economía. Argumento, este último, compartido por otro influyente general, Edward Rowney, que representó durante varios meses a la Junta de Jefes del Alto Estado Mayor norteamericano en las Salt II y dimitió como protesta por las "concesiones" de Washington.

"A la paz por la fuerza", "sobre el peligro actual" y otras organizaciones

Mientras se manejan estos y otros parecidos argumentos en las altas esferas de la política y de la dirección militar,

a lo largo y ancho de los Estados Unidos, diversos grupos de presión conservadores intentan crear, a través de los medios de comunicación, un clima de opinión radicalmente contrario al "espíritu de Viena".

Así, por ejemplo, la **American Conservative Union**, vinculada al ala pro Reagan del Partido Republicano, ha gastado, según refiere Sylvia E. Crane en "Le Monde Diplomatique" (julio de 1979), más de 400.000 dólares en la difusión, por trescientas sesenta emisoras de televisión, de cuarenta y cuatro Estados, de un film hostil al Salt II con el expresivo título de "Poderío soviético y mito americano: USA, en retirada".

Otra organización similar es la que responde al seráfico nombre de **Coalition for Peace through Strength** (Coalición

para la paz a través de la fuerza). En ella figuran algunos ex presidentes de la Junta de Jefes de Alto Estado Mayor norteamericano, como el almirante Thomas Moore y el general Lemnitzer, así como otros militares retirados. Creada hace sólo diez meses como grupo de presión por el **American Security Council** (Consejo de Seguridad Americano), últimamente se viene dedicando a insertar abundantes anuncios en la prensa de más circulación del país, en los que denuncia el tratado de Viena como una amenaza para el "mundo libre" y los Estados Unidos, en particular.

Aún más poderoso es el **Committee on the Present Danger** (Comité sobre el peligro actual), constituido en 1976 fundamentalmente para luchar contra la reduc-

ción del presupuesto norteamericano de Defensa. Resulta interesante fijarse en la composición de su Consejo Directivo, como ha hecho el soviético Ernst Guenry. He aquí algunos nombres y sus vinculaciones:

Paul Nitze, ex secretario de la Marina de Guerra, ex vicesecretario de Defensa con Lyndon Johnson, jefe de la delegación norteamericana en las conversaciones Salt I. Casado con la nieta de uno de los fundadores de la Standard Oil Company of California. Tiene la pretensión de que los Estados Unidos, haciendo caso omiso del Salt II, construyan una nueva serie de misiles intercontinentales equiparables a los gigantes SS-18 soviéticos.

David Packard, ex subsecretario de Defensa, ex director de la Standard Oil y de la

General Dynamics, compañía constructora de submarinos atómicos, cazabombarderos, etcétera. Tras su paso por la Casa Blanca, se vinculó a la Northrop Corporation, otro consorcio californiano fabricante de armas.

William Colby, ex director de la CIA y ex embajador de los Estados Unidos en Saigón durante la guerra. Sorprendentemente, parece que Colby no se opone, a título individual, al Salt II.

Dean Rusk, ex secretario de Estado y ex presidente de la Fundación Rockefeller.

Walt Rostow, secretario ejecutivo del Consejo de Seguridad norteamericano y profesor de la Universidad de Texas.

Henry H. Fowler, ex ministro de Finanzas, ex miembro del Consejo de Seguridad bajo la Administración Truman. Socio mayoritario de Goldman, Sacks and Co., uno de los grandes Bancos de los Estados Unidos, algunos de cuyos directivos están vinculados a la Ford y a la General Dynamics.

Lane Kirkland, tesorero de la central sindical AFL-CIO, sucesor previsible de su actual presidente, George Meany, miembro de la Trilateral y destacado anticomunista: "La URSS es una peligrosa fuerza evangélica".

A los anteriores civiles se suma un grupo de altos militares retirados, algunos de los cuales ocupan hoy importantes puestos en la industria privada. Entre ellos figuran tres ex comandantes en jefe de las fuerzas de la OTAN: **M. B. Ridgway**, **L. Lemnitzer** y **A. J. Goodpaster**, un ex jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas y antiguo embajador en Vietnam; **M. Taylor**, y otro ex jefe del Estado Mayor de la Marina de Guerra y también conocido "halcón" en la guerra de Vietnam, **E. R. Zumwalt**. El primero de los citados, Ridgway, ha sido director de la compañía Colt Industries, que fabrica armamento clásico y equipos para misiles.

También se opone al Salt II el llamado **Committee for a De-**



Paul Nitze, ex secretario de la Marina de Guerra y ex vicesecretario de Defensa con Johnson, miembro directivo del "Comité sobre el peligro actual"; Barry Goldwater, más a la derecha todavía que Ronald Reagan en el Partido Republicano, y Henry Jackson, demócrata por el Estado de Washington: tres prominentes "halcones".



Edward Kennedy, decidido partidario del Salt II y tal vez próximo candidato demócrata a la Presidencia; Frank Church, demócrata por Idaho y presidente del importante Comité de Relaciones Exteriores; Jacob Javits, republicano por N. Y.; todos ellos favorables, con mayor o menor entusiasmo, a los acuerdos de Viena.

Salt II

mocratic Majority (Comité para una mayoría democrática), uno de cuyos animadores principales es Henry Jackson. Este senador demócrata por el Estado de Washington llegó a proponer a la Casa Blanca el empleo de armas nucleares durante la guerra del Vietnam para obligar a los norvietnamitas a negociar con Washington. Jackson es también autor de una enmienda que lleva su nombre dirigida a negar a la URSS el tratamiento de nación más favorecida por sus obstáculos a la emigración de judíos.

El camino de Damasco de Billy Graham

Los partidarios del Salt II —el propio Carter y su Administración, naturalmente; la Junta de Jefes del Alto Estado Mayor (aunque, por boca de su presidente, el general David Jones, ha mostrado algunas reticencias); el senador Kennedy, que parece a punto de iniciar su corta (si es que al fin se decide) marcha hacia la Casa Blanca; el líder de la mayoría demócrata, Robert Byrd; el presidente del importante Comité de Relaciones Exteriores, Frank Church, demócrata por Idaho (a éste le gustarían, sin embargo, algunos retoques) y parte de los quince miembros (nueve de-



Billy Graham, el predicador número uno de América, hoy própero hombre de negocios: de cruzado anticomunista, durante tres décadas, a partidario del desarme.

mócratas y seis republicanos) de esa Comisión; Jacob Javits, republicano por Nueva York, y algunos más—, todos ellos favorables, con mayor o menor entusiasmo, a los acuerdos de Viena, han encontrado de pronto, a la hora de intentar convencer a sus desorientados conciudadanos de sus razones, a un valioso aliado con el que seguramente en principio ninguno conta-

ba. ¿Quién iba a imaginarse, en efecto, la conversión a la causa del desarme del predicador número uno de América, el evangelista Billy Graham, vocero apasionado de las virtudes del capitalismo estadounidense y fogoso cruzado anticomunista durante más de treinta años?

Dicen que Graham, dueño hoy de un poderoso imperio económico, la Billy Graham Evangelic Association (emisora de radio y televisión, productoras de cine, una editorial...), se encontró su camino de Damasco durante una gira de sermones que realizó en 1977 por Hungría y que repitió por Polonia al año siguiente. La visita al campo de concentración de Auschwitz (cuatro millones de muertos por los nazis, de veintitrés nacionalidades) fue determinante. Quienes le acompañaban dicen que salió de allí totalmente transformado. Hoy, Billy Graham confiesa públicamente: "He llegado tarde a esta conclusión. Pero estoy convencido de que se ajusta a las enseñanzas de la Biblia: los pueblos de USA y la URSS no desean más bombas. Hoy es más necesario que nunca el desarme".

Veremos si en esta ocasión el fogoso Graham, amigo de todos los Presidentes que se han sucedido en la Casa Blanca desde Eisenhower, es capaz de persuadir a las multitudes. Sin duda, sería el mayor regalo que el predicador Graham podría hacerle al predicador Carter. Un predicador, ¡ay!, con cada vez menor predicamento. ■ J. R.

Hombres ricos, hombres pobres



Robert Mac Namara, presidente del Banco Mundial.

CUALESQUIERA sean las tasas de crecimiento, todo indica que las disparidades masivas de los niveles de vida continuarán y reflejarán el abismo ya existente entre países desarrollados y en vías de desarrollo", afirmó Robert Mac Namara ante el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas.

El actual presidente del Banco Mundial hizo la afirmación durante un almuerzo, en Ginebra, con motivo de presentar el informe acerca de la economía mundial en los próximos años. El primer plato del menú fue caviar de Kiev con cerezas ahumadas. Según Mac Namara, un análisis realista de la situación revela que en la década de los 80 habrá seiscientos millones de "pobres absolutos" en el mundo, entre los cuales parece que no se encontrará el destituido Presidente Somoza, cuya fortuna personal asciende a la modesta suma de un billón de dólares, han declarado los sandinistas, aunque él (que nunca pagó impuestos, por aquello de "El Estado soy yo") sólo confiesa algunos cientos de miles de millones, y ahora está buscando empleo en los anuncios clasificados del "Miami-Herald". "Algo encontraré —dijo—. Tengo algunos ahorros en el Banco y buenos amigos". Corren rumores de que sus amigos, los generales uruguayos y Pinochet, están dispuestos a ofrecerle un puesto de torturador, en cuanto reciban un pedido de leones que les va a llegar de Sudáfrica. Esos "pobres absolutos" pertenecerán a los países del Tercer Mundo, declaró Mac Namara, mientras saboreaba su langosta-martinica cocida con hierbas de Provenza, segundo plato del almuerzo. Entre los seiscientos millones de pobres absolutos tampoco estará la hermana del Sha, si consigue vender un terrenito que tiene, con una finquita, en Beverly Hills, valorados en trescientos millones de pesetas, dado que los ruidos molestos que hacen algunos manifestantes en la puerta no dejan dormir a los perros. Sumando un billoncito aquí, unos milloncitos allá, resulta que los pobres absolutos no lo serían tanto, pero estas sumas y divisiones no interesan a Mac Namara, mientras mastica su bistec de jabalí al ron, preocupado como está por detener el crecimiento de los pobres sin atenuar las ganancias de los ricos.

Ante un problema semejante, en el siglo pasado (antes de que las dos guerras mortales eliminaran a un gran número de pobres), J. Swift imaginó una solución: comerse a los pobres, lo cual evitaría el feo espectáculo de la mendicidad, aumentaría la oferta de carne en el mercado y crearía una nueva sección en la gastronomía internacional. Mac Namara piensa que no estaría mal, después de todo, mientras saborea las nueces japonesas a la miel, el postre. ■ CRISTINA PERI ROSSI.